
FR. GERUNDIO.

Si quis adocenatus lector dixerit etiam cajistas gerundianæ imprentæ non esse aliquando ministeriales, anathema sit.

Si algun lector adocenado dijere que los cajistas de la imprenta gerundiana no son tambien alguna vez ministeriales, le pongo el cuerpo como una criba.

CONC. 4. GER. CAN. 22.

YERRO

CLÁSICO-PERIODÍSTICO-TIPOGRÁFICO-MINISTERIAL.

¡Sí, hermanos míos: hasta los cajistas de la imprenta gerundiana son algunas veces ministeriales; y una de ellas fue el martes de esta semana, que martes de cuaresma había de ser él para que no sucediera algun trastorno en las imprentiles oficinas. Mis amados lectores de Madrid y una gran parte de los de las provincias

notarian trastoeado el ajuste de líneas en el artículo último de la última capillada titulado *Circular de Tirabeque*, y por consecuencia alterado el sentido de algunas oraciones. Mi paternidad lo advirtió cuando ya estaba hecha la reparticion en Madrid, y la impresion de casi todo el servicio para el correo general de aquel dia; si bien se enmendó el número de ejemplares que fue posible, y todos los que salieron por los correos del dia siguiente.

Desde luego conocí que los discípulos de Guttemberg encargados de la composicion de mis capilladas habian hecho alguna operacion ministerial, a pesar de haber corregido por mi parte todos los abusos, esto es, todas las erratas que habia notado en el pliego de prueba. Lo cual me desazonó en sumo grado, no tanto por el yerro de imprenta (que siempre me era muy sensible), porque conozco lo facil que es una equivocacion de letras ó líneas en el ajuste, cuanto por la idea que aquello me daba de que mis oficiales aspiraban al ministerio; para lo cual acababan de dar una prueba de su aptitud en el hecho de saber trastocar el orden de las cosas. Así fué en realidad. Siete líneas de la página 359 y tres de la 360 que habian de haber colocado las primeras en la 359, me

las trasladaron por inadvertencia al pie de la plana, y esas son las que hay que leer así que concluye la 358. Con cuya traslación hicieron el mismo servicio á la capillada que hace el gobierno al estado con las traslaciones inconsideradas é inoportunas de empleados: trastornar el ajuste de los negocios, truncar el sentido de las oraciones, inutilizar *circulares*, hacerme gastar el tiempo en advertencias como á los empleados en viages, echar á perder líneas como el gobierno echa á perder familias, y entorpecer el servicio del periódico como el gobierno entorpece el del estado.

Pero hay una diferencia de mis cajistas al gobierno. Aquellos cometieron un yerro de imprenta muy disculpable para todos los que conocen el mecanismo del arte tipográfico. Pero el gobierno ¿podrá decir que trastrueca y desbarajusta por yerro de imprenta? Si tal se atreviese á decir respecto de algunas traslaciones de empleados, debería tirarle los yerros de imprenta, esto es, las cajas de las letras á la cabeza.

EL QUINTO QUINTIN.

CUENTO HISTORICO-GERUNDIANO.

En un pueblo llamado Quintana vivia ahora

cuando se hizo la última quinta un labrador ten-
nido allí por rico porque era menos pobre que
los demas, llamado el tio Quintin Ramirez, el
cual tenia un hijo de diez y ocho años llamado
tambien Quintin, hijo de Quintin su padre, y
de Ramira Quintin, que asi se llamaba su ma-
dre; la cual venia á tener por apellido lo que
su marido tenia por nombre, y por nombre el
patronímico del apellido de su marido; de for-
ma que la tia Ramira, si hubiera sabido escri-
bir, debiera firmarse segun el uso admitido *Ra-
mira Quintin de Quintin Ramirez*, y el hijo
venia á llamarse *Quintin Ramirez de Quintin*,
y asi le puso el fiel de fechos de Quintana en
las listas para la quinta.

Pues este tal Quintin padre tenia cuando lle-
gó la órden de la quinta tratada la boda de su
hijo Quintin con la hija del tio Ramiro, que
era el labrador que despues de él tenia mas
posibles en el lugar, la cual se llamaba tam-
bien Quintina; si bien se ofrecian algunas difi-
cultades para el enlace en atencion á ser la
Quintina prima hermana del Quintin por parte
de madre que era hermana carnal de la tia
Ramira Quintin; familia tan dilatada y de tan-
ta influencia en el lugar, que cuando los Quin-
ines se alborotaban, se armaba en Quintana lo

que se llama propiamente una de S. Quintin. Lo mismo era esta familia en Quintana que la familia de los Camarones en las oficinas de rentas de Cuenca, que el contador es hijo político de D. Manuel Camaron, y el visitador de puertas es hijo de Camaron, y el oficial tercero de la administracion es hijo de Camaron, y el escribiente de la tesorería es hijo de Camaron, y otro escribiente de la administracion es hijo de Camaron, y el oficial segundo de la administracion es otro yerno de Camaron, y otro escribiente de la tesorería sobrino del primer yerno de Camaron, y los de la intendencia y contaduría parientes de Camaron. Es decir, que lo que en Quintana son los Quintines en las oficinas de Cuenca son los Camarones, y *laus Deo*.

Pues como digo, cuando llegó la orden de la quinta, estabase tratando la boda de los dos jóvenes Quintines: tan ruidosa en Quintana como lo fuera en Europa la de dos príncipes de primer orden, y con la que se prometian acabar de estrechar la estirpe de los Ramirez con los Quintines tan enredosamente como se estrecharían (si es lícito, como dijo el poeta, hacer uso de ejemplos grandes para esplicar cosas pequeñas), como se estrecharian, digo, las casas de Austria y de Borbon si se efectuase un enlace

de nuestra amada Reinita con un Príncipe de aquella familia, y del hijo de D. Carlos con una princesa de la misma rama, como nos quiere decir tal cual testa presumida de entendedora en esto de política *internacional*; y cuidado que si por el voto gerundiano aguardan respecto al himeneo del último, allá se le pueden llevar cuanto antes gusten, no digo al Austria para casarle con una austriaca, sino á la region austral para casarle con la zona tórrida; ó si es empeño llevarle al norte, cásenle si quieren con la estrella polar, ó con madama *Cinósura*, que no es por cierto mala conveniencia para tan lindo mancebo: que yo en cualquier cosa entraré con tal que nos alejen de por acá á este astro de maligno influjo con todos los cometas que le rodean.

Mas como los tales Quintines eran parientes en segundo grado doble de consanguinidad, ó cosa así (que yo como no he sido procurador de tribunales eclesiásticos, no estoy muy practico en esto de deslindar grados de parentesco), habia sido preciso entablar dispensa, sobre lo cual habia ya un principio de protocolo en la secretaria de cámara del Obispado, y se habia impetrado la dispensa á Roma, para cuyo pronto despacho no solo habian sido recomendadas las

preces por el Agente, es decir, no solo habian adelantado alguna onceja mas para gratificaciones de los escribientes del tribunal de la Curia romana que entiende en eso de dispensas, á lo cual llaman los agentes *recomendar*, sino que los padres de los prometidos habian supuesto cópula para fundar mas la súplica. Malas lenguas decian en el lugar que los futuros habian hecho algo mas que fingirla; pero esas son murmuraciones de lugares que no se pueden evitar. Lo cierto es que con la cópula, con los siete ú ocho ó diez mil del pico que habian aprontado (que no sé á punto cierto en cuanto estan tasadas precisamente estas dispensas, porque nunca gestioné casarme con ninguna prima), y principalmente con la *recomendacion*, que es lo que mas fuerza hace á la Curia romana, esperaban los contrayentes y sus familias que Su Santidad no desconoceria lo que interesaba al bien de la iglesia la pronta concesion de una dispensa tan *recomendada* y tan apoyada en *sólidas razones*, y la aguardaban con la impaciencia que es natural, si bien sospechaban que acaso fuese necesario añadir alguna otra *recomendacion*.

Pero como las comunicaciones con Roma estan tan entorpecidas, en este intermedio de es-

pectativa llegó la orden de la quinta á Quintana: hízose el sorteo, y el pobre Quintin tuvo la desgracia de que le cayera el número primero. Figúrense vds. qué golpe este para Quintina! Lloraba la infeliz que parecia una muger, y desesperábase como si viese llegado su último fin. Las familias estaban desconsoladas, y Quintin muerto de pesadumbre, lo cual formaba un verdadero contraste con la alegría de las demás muchachas del pueblo que se preguntaban; ¿quién cayó quinto?—Quintin el de la Quintina.—Vaya, pues ahí bien cayó, que *posibles* tiene el padre para comprar un sustituto.

Efectivamente tratóse desde luego entre la parentela del negocio de sustituto; pero el cura, que era hombre que gastaba mas tiempo en leer periódicos que en misas y rosarios, quiso disuadirles del pensamiento de buscar sustituto, asegurándoles que harian muy mal en malgastar ese dinero, puesto que la guerra se iba á concluir dentro de un mes por medio de un casamiento. Quintina que oyó la voz de casamiento, creyendo que se hablaba del suyo, se echó á llorar de nuevo diciendo que cómo se habia de casar no habiendo venido todavia la dispensa.

El cura la desengañó explicándola qué clase de casamiento era; y para darla mayores espe-

ranzas la leyó un párrafo del *Castellano* que hablaba de una carta del marqués de Miraflores embajador en París, que se decia haberse recibido, y en que aseguraba esa especie. La leyó tambien las cartas que del ejército del norte escribian al *Eco* y al *Correo*, en que se daba por hecha la transacion y la paz, y las comunicaciones de Vitoria en que se cuenta haber comido y bailado juntos *carlistas* y *cristinos*, como si fuesen ya todos unos y todos hermanos. La hablaba de la continuacion de los fusilamientos de Maroto, de las marchas pacíficas del conde de Luchana, y de las inteligencias secretas que se decia mediar entre los gefes de uno y otro partido; todo lo cual hacia creer que la paz era ya cosa hecha, y que sería un disparate que hiciera la familia un sacrificio en buscar sustituto, pues todo lo mas que podia tardar Quintin en volver á Quintana sería un mes y unos dias, porque ya no harian falta soldados.

Concluido que hubo el cura de hablar, le preguntó Quintina: «diga vd., señor cura, ¿y la pata de Tirabeque?—¿Cómo la pata de Tirabeque?—Sí señor, la pata de Tirabeque ¿la ha vuelto á levantar otra vez?—Creo que no, porque este último correo la traía sentada.—Pues entonces que busquen luego sustituto para Quintin.—¿Pero por qué, muchacha?—Porque mientras Tirabeque no levante de nuevo la pata no creo yo nada de eso que vd. dice, ni que semejante paz nos venga de repente. Que busquen luego sustituto para Quintin.—Así es la verdad, dijeron todos.

De estas esplicaciones deduce mi paternidad con mucha satisfaccion que la pata de Tirabeque es para los Quintines y Quintinas de los pueblos el termómetro de las negociaciones políticas, el telégrafo de las noticias diplomáticas, el caducéo de las transacciones, la veleta de los vientos protocolenses, el observatorio rústico, el horóscopo ambulante, el oráculo en fin patológico-consultivo de los que dudan de la conclusion de la guerra por fusilamientos Marotinos y por casamientos en ciernes.

Dióse, pues, principio á las diligencias de sustituto para el quinto Quintin, y admiracion causa ver las dificultades que vencieron en poco tiempo los Quintines para arreglar el negocio en términos de volverse el quinto Quintin á su casa á los cuatro dias con toda seguridad y confianza. Amaestrado el tio Quintin y conocedor de la fuerza y virtud de ciertas recomendaciones por lo que habia visto en el asunto de la dispensa, abrió el arqueton, atestó los bolsillos de ellas, aparejó su par de arres, y se fueron Quintin padre y Quintin hijo derechos como una lanzadera á buscar sustituto. Diéronles noticia de varias compañías que los tenian de venta, y muy arreglados; pero tambien les añadieron que si querian asegurarse bien, le tomasen de la compañía en que entraba el comandante del depósito y el capitan aprobante, pues si bien eran un poco mas caros, tambien era segura su admision, cuando para los otros no faltaban nunca graves dificultades. Hizolo así el tio Quintin: sacó seis mil recomendaciones de á real, y tomó su sustituto. El

muchacho no tenia fé de bautismo; pero creyéndose á no dudar por sus esplicaciones que era cristiano, se trató de proveerle del testimonio de partida, lo que á fuerza de recomendaciones se pudo conseguir sin salir del pueblo, y el sustituto quedó entregado en caja.

Todavía le quedaba una dificultad en pie al bueno de Quintin; y era que si antes del año se desertaba el sustituto, tendria él que ir á cubrir su plaza con arreglo á la ley. Dificultad que bastaba á tenerle en continua zozobra por todo un año, y á acibarar los dias de la pobre Quintina. Pero dijéronle al tio Quintin que si buscaba algunas recomendaciones fuertes podria asegurar á su hijo de todo riesgo y evento, haciendo que el sustituto se muriese sin morir. «Pues señor, dijo á eso el tio Quintin, yo no entiendo ese modo de morirse la jente, que allá en mi lugar el que se muere muere de veras y no vuelve á rebullir; pero si por recomendaciones és, ahí van las que me han quedado, y muérase quien quiera y del modo que aqui se use morirse, que lo primero es mi hijo.» Y diciendo y haciendo, echó mano á sus recomendaciones, y á los cuatro dias supo que el sustituto de su hijo habia muerto en el hospital. El dice que no sabe como murió, ni le importa saberlo: pero á Fr. Gerundio le contaron que aquel sustituto habia muerto ya otras tres veces para otros tres quintos que no eran Quintines.

El resultado es que el quinto Quintin se volvió á su casa tranquilo y sosegado á cuenta del *supuesto* muerto *vivo* (que no todos han de ser supuestos tios vivos muertos) y de las

recomendaciones de su padre, en donde le recibió Quintina, como vds. pueden suponer, con los brazos abiertos, y volvió el regocijo á la familia de los Ramirez y los Quintines. Sin embargo, me han contado que el tio Quintin, luego que regresó á casa, se puso á mirar el arqueton, y que al verle tan exhausto exclamó lleno de dolor: «¡Válgame Dios lo que cuestan las recomendaciones en Roma y en España!» y dicen que cayeron en el arca lagrimones de á onza en el mismo sitio en que tenia antes las onzas cuya desaparicion le arrancaba aquellos lagrimones. Quintina dice que no cree en la paz por mas que la diga el cura mientras no vea que Tirabeque levanta otra vez la pata: y el casamiento de Quintin y Quintina continúa en ciernes, como el que se dice que anuncia el marqués de Miraflores, pendiente de una dispensa que sabe Dios cuando vendrá.

Y aqui acaba el cuento del quinto Quintin: el cual pensará el público y principalmente las diputaciones provinciales que significa algo, y no es mas que un cuento gerundiano. Todo pura invencion.

PALOS EN LOS RETIRADOS.

Palos hay que son de valde,
 palos hay que cuestan caros;
 palos hay dados sin tino,
 y palos muy atinados.

Señor, ¿se acuerda vd. de aquella paletina que dió el Contraloro del hospital militar á un soldado, de la cual hablaron varios periódicos?

—Amigo, tiene que sucederme contigo y tus esplicaderas lo que acontece con los niños cuando empiezan á hablar, que nadie les entiende mas que sus padres, y eso mas por adivinacion, digámoslo así, que por las palabras imperfectas con que quieren espresar sus pensamientos. Y aun muchas veces les sucede lo que á mí ahora contigo; esto es, no entender mas que á medias. Con eso del Contraloro ya percibo yo que querrás decir el Contralor, cuya nomenclatura no es extraño que te sea desconocida.—Señor, no es que me sea desconocida, sino que he querido hablar con retórica.—Cierto que es bien retórico alterar la propiedad de las voces añadiéndoles letras supérfluas.—Como que le he oído á vd. que para hablar retóricamente es preciso tener cuidado de redondear las frases, parecióme que el mejor modo de redondear la palabra esa era añadirle la letra mas redonda que hay en el alfabeto ó en el vocabulario, que es la O.—Ingeniosa es la salida, Pelegrin, y mas propia de un maestro de estudiantes que de un lego. Algunas veces escedes las esperanzas que de tu ingenio tengo concebidas. Comparo yo el camarote de tu entendimiento á la atmósfera en dias lluviosos de primavera, que entre largos periodos de lluvia suele presentarse un claro que nadie esperaba. Lo mismo eres tu; tras una copiosa lluvia de simplezas sueles soltar tal cual golpe claro de ingenio que dejas á uno admirado de tu sindéresis.

Pero á lo de la *paletina* no sé qué salida puedes darle; porque las paletinas, siendo como son una parte del trage de las señoras, no

sé yo cómo puedan darse á soldados en hospitales militares.—No señor, no es cosa de trage, sino de palo, y así bien podrá ser que estuviera mejor dicho una *palografia*.—Tampoco, Pelerin, porque paleografía, ó palografía como dicen algunos, es el arte de leer ó entender los documentos, papeles ó escrituras de letra antigua. Ya ves qué conexion tiene ésto con los palos. Tú querrás decir acaso *paliza*.—Sí señor, pero queria decirlo en términos mas cultos.—Pues ahí tienes lo que logra un lego con querer hacer el culto; tergiversarlo todo y hacerse ininteligible.

Y bien; ¿á qué venia ahora el recuerdo de la paliza que dió el citado Contralor al soldado del hospital? Porque aquello ya pasó, y aun en pena del inhumano tratamiento hecho á un desgraciado militar sin otro delito que el de hallarle sentado á un brasero, se le suspendió de su destino, y aun ha sido despues aperebido y multado.—Pues ya está repuesto otra vez, Señor.—Bien podrá ser, Tirabeque; sin embargo que un militar enfermo es para mí tan digno de consideracion, que una accion inhumana y dura egercida con él mereceria en mi concepto un poco mas larga penitencia y castigo. Pero el gobierno, ó el ministro que lo haya hecho, lo habrá mirado de otro modo, porque no todos vemos las cosas de la misma manera.—Y no es eso solo, Señor; sino que me han dicho que se ha dado orden para que le apronten cinco mil reales con el fin de proporcionarse una habitacion decente y cómoda. Con que mire vd. si hay palos afortunados, Señor.—Eso ya

no lo creo, Tirabeque. No puede ser. Y mucho menos lo creo del Sr. Alaix, cuando acaba de mandar que salgan inmediatamente del hospital los infelices oficiales retirados que se hallan en él, sin concederles mas término que el absolutamente necesario para que puedan trasladarse al hospital civil, ó á donde Dios ó la providencia les ayude.—Eso sí que no puede ser, Señor.—¿Cómo que no?—Lo dicho, Señor; no puede ser.—Pelegrin, ¿pones en duda la veracidad de tu amo?—Señor, esto no es poner en duda la veracidad de vd.; sino que digo que no puede ser eso.—Tirabeque, puedo afirmarlo; y me parece que esto bastará á satisfacer tu incredulidad.—¿Pero qué razon dá para eso, Señor?—Porque dice que gravan el presupuesto de la guerra. De manera, Pelegrin, que por lo visto el hermano Alaix quiere que los sueldos de los retirados se borren del presupuesto de la guerra.—De manera, mi amo Fr. Gerundio, que ya los pobres retirados no solo no cobran, sino que hasta se les echa del hospital cuando estan enfermos.—De manera, Tirabeque, que se les niega el último recurso del desgraciado.—De manera, Señor, que no les queda mas recurso que el de morir.—De manera, Pelegrin, que ese es el premio que parece se les reserva á los que pierden su salud y sus miembros en defensa de la patria.—De manera, mi amo, que mientras á un Contralor que apalea soldados enfermos se le dan algunos miles para que alhaje su habitacion, á los enfermos se les echa á la calle.—De manera, Pelegrin, que eso resulta si es cierto lo que tu dices.—De manera, se-

ñor, que eso se infiere si es cierto lo que dice vd.—De manera, Tirabeque mio, que este es un vice-versa un poco mediano.—De manera, amo mio, que este es un vice-escándalo mas que regular.—De manera, Pelegrin, que esa espresion es un poco dura.—De manera, señor, que mas duro es el porte de ellos.—De manera, Tirabeque.....—De manera, mi amo.....—Que estamos como queremos.—Que esto va bien si dura.

DEFENSA VERBAL

de D. Vicente Díez Canséco y D. Juan Bautista Alonso:

Pronunciada por el último ante la 3ª sala de la audiencia territorial de esta corte en la causa que al primero formó el Juez de primera instancia D. Francisco Amorós (aquí pegaria muy mal la O de Tirabeque, porque este hermano tengo entendido que tiene tanto de amoroso como un cardo corredor), de que dió mi paternidad noticia en la capillada 70, y de cuya definitiva y absolutoria sentencia se dió cuenta en la 112. No es menos digna de atencion la atrocidad con que se persiguió al escritor Canséco que el fuego con que el siempre enérgico y brioso orador el Lic. Alonso ha hecho su defensa. Merece ser leida por los hermanos gerundianos. Se halla de venta en la librería de Boix, calle de Preciados.

Imprenta de D. F. de P. Mellado, Editor.